

Ella preguntó: ¿Regresarás?

Y él contestó: En diez años.

Después, lo vio marcharse y no hizo un solo gesto. Distinguió, por sobre la distancia que los separaba, los tiradores derrumbados, el pelo de niño ingobernable, la compostura todavía de un pequeño. Sabía que correría riesgos, pero no dijo una palabra, la mirada detenida allá en la curva que le tragaba al hijo.

A poco de doblar, cuando supo que había quedado fuera de la vista de su madre, Stefano se secó los ojos con la manga del saco. Después fue hasta la casa de Bruno y lo llamó. El amigo salió y su abuela se quedó en la puerta, mirando cómo se iban. Dieron unos pasos y Bruno volvió la cabeza para ver si ella seguía en la puerta, hasta que el sendero les escondió la casa. Entonces el humor empezó a cambiarles.

Por el camino se les unieron Pino y Remo y, poco más tarde, uno que llevaba una acordeona y se lla-

maba Ugo. Al atardecer, se cobijaron bajo el alero de una iglesia, sacaron unos panes y Ugo, una petaca de vino. Stefano sintió el fuego del vino arrasando la garganta, su resaca en el pecho; pensó que su madre estaría pensando en él.

Ugo tomó la acordeona y cantaron hasta que quedaron dormidos.

*Ciao, ciao, ciao,
morettina bella ciao,
ma prima di partire
un bacio ti voglio dar...*

*Mamma mia dammi cento lire
che in America voglio andar,
che in America voglio andar...*

Despertaron echados unos sobre otros. Andando, encontraron a un viejo que seguía a una vaca vieja como él, dos niñas a las que Ugo y Pino hicieron bromas hasta que echaron a correr asustadas y una mujer de luto que a Stefano le hizo pensar nuevamente en su madre. Se detuvieron al borde de un huerto.

—¿Qué quieren? —preguntó una vieja.

—Algo caliente.

—¡Todos los días pasan pidiendo! —protestó ella y se metió en la casa.

La vieja sacó un pan y se los dio. Se sentaron a comerlo en el suelo, en un rincón de la cocina. Era un sitio sombrío que olía a coles, pero hacía calor junto al fuego de una estufa de guisa.

Habían salido ya al camino, cuando la escucharon gritar:

—¡A ver si mandan algo, que de aquí todos se van y de nosotros ni se acuerdan!

Ella gritaba, con el carro a la rastra, y yo corría a encontrarla, Ema. Salía a buscar paja y de regreso gritaba mi nombre, **Stefano**, y yo corría hacia ella.

Desde el camino que llevaba a nuestra casa, ella me llamaba, **Stefano** decía, **Stefanin**, y yo corría a encontrarla...

Y ella abandonaba los ejes, se refregaba las manos y echaba el calor de su aliento a los dedos de hielo, mientras yo arrastraba el carro hasta el patio...

Se metieron en una fila que daba la vuelta a Génova y allí estuvieron todo el día. Avanzaban lentamen-

te porque en la mesa de Migraciones debían sellar pasaportes, mostrar las libretas de trabajo y entregar los billetes de barco.

Todos llevaban algún dinero: Pino, el que le había enviado su tío desde Argentina; Ugo y Remo, los ahorros de su casa; Bruno, lo que juntó su abuela en años; y Stefano, lo que su madre había conseguido por la venta de una máquina de coser. Ya era bastante bueno que no hubieran tenido que vender a Berta.

Nadie se movió cuando se hizo de noche y la oficina cerró. Una mujer le dio el pecho a su niño que lloraba; no bien el niño se hubo metido entre la blusa, quedó dormido. Un hombre joven que llevaba abrigo gris jaspeado y parecía de mejor condición que los demás, los convidó con castañas. Iba a trabajar a un hotel de Buenos Aires. Avanzada la noche, se sacó la manta y la puso sobre la mujer que dormía con el hijo al pecho.

Una mandolina sonaba:

Scrivimi...

non lasciarme piú in pena...

Una mujer joven que le había pedido un cigarrillo al hombre de abrigo jaspeado, hacía un momento, siguió al de la mandolina:

*... na frase un rigo appena
calmerano il mio dolor.
Tu non scrive non torni,
tu sei fatta di gelo...*

Ugo sacó la acordeona y los acompañó. La mujer se llamaba Gina y tenía un sombrerito color chocolate calzado hasta las orejas. Alguien dijo: “¡Otra! ¡A ver, linda, canta otra!”, y al calor de los aplausos siguieron hasta la madrugada.

Encima de la parva había unas ramas para el fuego. Unas ramas, Ema, y una torcaza muerta.

Ella dijo: **¿Has visto lo que encontré?**

Y yo la miré a los ojos.

Ella dijo: **¿No crees que fue una suerte, Stefanin?**

Y yo contesté: Sí, mamá.

Ella dijo: **¿Has visto qué gorda es?**

Y yo le tanteé el tamaño bajo el plumaje y aunque no me pareció tan gorda le hice que sí con la cabeza.

Gina viajaba a la Argentina a casarse: en Rosario la espera su novio, eso ha dicho, aunque Stefano la vio durante la noche responder con picardía a la mirada

Se acercan dos vapores: uno de Sanidad y otro de Aduanas. El inspector sube, mira los registros de enfermería, y levanta la bandera de práctica libre.

El río huele a podrido. Son perezosas las maniobras del buque para entrar en la Dársena Norte, hasta que finalmente echa el ancla. Antes del desembarco, un empleado de Prefectura llama a los pasajeros para revisar los pasaportes, y ponerles el sello del Hotel de Inmigrantes. Stefano no tiene pasaporte, pero el comisario de a bordo habla con los de Repatriación, y las cosas se arreglan.

Al fondo, tras el muelle, las casas de chapa colorida, el edificio de Aduanas con su techo en declive hacia la banquina del puerto. Más allá, la estación Retiro y, acá nomás, el hotel y el ruido de la gente contra las barandas. Stefano camina entre hombres y mujeres desconocidos, que tienen fotografías en las manos; cada tanto, alguien grita un nombre y el que pasa se vuelve a mirar quién ha llamado.

A la entrada del albergue, desde la larga fila donde esperan un lugar donde dormir, alguien grita su nombre:

—¡Stefano!

Le cuesta reconocerlo, con esa ropa demasiado grande, pero es Pino el que lo abraza, llora y ríe sin que él pueda decir una palabra.

Yo preguntaba: ¿Esperar, cuánto?

Hasta que seas grande, me decía.

Tengo doce años.

Tienes que esperar más.

Pino le cuenta a Stefano cómo hizo para salvarse. Lo encontró un barco de pescadores cerca de la costa. Hace horas que está en la entrada del hotel, esperando, pero ya consiguió una manta, podría incluso alcanzar para los dos la manta, para fabricarse en el suelo un sitio donde dormir. Los pescadores, dice, lo cuidaron tres días seguidos, creyendo que moriría. Ya no es el muchacho que era, el amigo que hacía reír; ahora habla con una voz que se le quiebra. Pero no ha muerto: está ahí contándole a Stefano cómo se ha salvado. Por inercia, por costumbre, comienzan

nuevamente a hacer planes, aunque los dos saben que todo les da lo mismo.

Stefano piensa en su madre, en las ganas que tiene de contarle este miedo de morir. Le escribirá, le dirá que es verdad, que en América las vacas se crían solas, y que las gallinas, si viera ella, ponen tantos huevos que a veces deben dárselos a los chanchos.

El hotel está a pocos pasos de la dársena; tiene largos comedores y un sinfín de habitaciones. Les ha tocado un dormitorio oscuro y húmedo. En la puerta, un cartel dice: *Se trata de un sacrificio que dura poco.*

—Sólo podremos estar aquí cinco días.

—¿Y si en ese tiempo no conseguimos nada?

—pregunta Stefano.

—¿Ya te olvidaste? ¡En cinco días estaremos camino a Montenievas! —contesta Pino.

Los dormitorios de las mujeres están a la izquierda, pasando los patios. Por la tarde, después de comer y limpiar, después de averiguar en la Oficina de Trabajo el modo de conseguir algo, los hombres se encuentran con sus mujeres. Un momento nomás, para contarles si han conseguido algo. Después se entretienen jugando a la mura, a los dados o a las bochas.

Algunos, como Pino y Stefano, prefieren escuchar a Geppo, a Beppe, a Severino, que han venido desde Nápoles a buscar trabajo en los talleres de algún diario. Ellas esperan bajo las galerías: las que tienen niños en los brazos, la que saca la teta y la coloca en la boca del hijo, la vieja que se ha quitado los botines, una niña que parece un muchachito y acompaña a su madre que está a punto de parir. De toda esa gente venida de lejos, le quedan a Stefano algunos nombres, el recuerdo de un gesto, el dibujo que hace en la cara una nariz.

Algunas mujeres que parecen haber llegado solas, buscan en los hombres un poco de dinero. Una que tiene la cara huesuda y la boca grande insiste, hasta que Pino dice que no tienen una lira; entonces ella deja de ofrecerse, hace una sonrisa un poco triste y promete, fregándose la mano entre las piernas:

—Otro día te presto esta cosita.

Cuando el sol baja, Pino y Stefano salen a caminar por la ribera, hasta el muelle de los pescadores. Es la hora en que el organito pasa: lo arrastra un viejo de barba y gorra marinera que lleva un loro montado sobre el hombro.

A veces, junto a las barcazas, se detienen a oír el mandolín que suena en una rueda y las canciones que cantan los hombres de mar. Pero no sólo hay

italianos en el puerto. Ya el segundo día se han hecho amigos, ni saben cómo, de unos gallegos que limpian pescado junto a la costa y van por la mañana a verlos, ayudan un poco, y regresan, los tres días siguientes, con algunas monedas.

No conocí a mi padre, Ema.

Murió en el Piave, durante la guerra.

Dicen que el agua corrió encarnada de tanto llevarse la sangre de los soldados, también la de mi padre.

Cuando nací, ya había muerto.

Todo lo que recuerdo son esas canciones que hablan de hombres sangrando en el agua. Y mi madre que dice que ha muerto junto al Piave. Y una foto, la única que tenemos, que ella guarda bajo la blusa.

Mi madre siempre ha dicho que me parezco a él.

La mujer que tiene la boca grande habrá leído lo que dicen sus ojos para dejarse tocar así, como ahora se deja, a cambio de nada. Stefano ha sentido menos miedo en medio del mar que frente a esta mujer que lo ahoga.

¿Qué te pasa?, pregunta ella y él la mira.

¿Es la primera vez?, pregunta ella, y él dice que sí con la cabeza.

de Lignano el domador y el viejo Lucca, y la contorsionista es brasileña. Pero de todo esto, Stefano sólo recordará a Rosso y a la que ahora toca la armónica, balanceándose sobre el trapecio.

Había venido con su madre desde Gales, desde un pueblo que se llama Cardigan.

Pasó con el circo y yo fui tras ella, sin pensar... sin saber que ese camino me llevaba, también, hasta tu casa.

A veces pienso que es el recuerdo el que les da tanta importancia a las cosas...

La nombro porque es invierno y estamos los dos aquí, Ema, junto a la estufa...

... y porque sé que a vos puedo contártelo todo, hasta lo que me pasó con esa mujer que se llamaba Tersa...

Desde la puerta de la casilla donde duerme, la vio despedir a un hombre. La oscuridad no lo deja ver quién es, pero ella tiene una bata azul y un cigarrillo en la boca.

Stefano la ve una vez. Y después la ve otras veces. No todas las noches es Camilo el que la visita, ha

salido de ahí también Nerón, el marido de la contorsionista, que hace lucha libre en los intermedios.

Un día, antes de la función, ella le pregunta:

—¿Te gustaría saber qué hago en la casilla?

No se le ha olvidado el olor del perfume que tenía, un olor como de mandarinas.

Yo le preguntaba: ¿Cuándo?

Y Tessa me decía:

Cuando seas grande, tesoro.

Me daba vergüenza que me dijera eso...

Piensa en ella todo el tiempo: le molesta la risa que tiene, y no le gustan las pecas, ni los dientes demasiado grandes, pero a pesar de eso, se acostaría con ella.

No es verdad que la espiaba, pero desde que le preguntó si le gustaría saber lo que hace en la casilla, Stefano empezó a mirarla.

Una noche lo ve el encargado de la boletería: se llama Bratti y tiene una mujer que se deja clavar cuchillos y cortar la cabeza, todas las funciones. Al día siguiente, cuando se cruzan, Bratti le pregunta:

—¿Te gusta la colorada?

Lo último que me dijo mi madre fue:

Si un día pasas por Rosario, busca a mi amiga Chiara.

Búscala. Averigua si está viva.

Después, yo bajé al camino.

Me había pedido que no mirara hacia atrás, pero me volví una vez, antes de doblar, y levanté la mano.

Sólo cuando estuve seguro de que había quedado fuera de sus ojos, me sequé las lágrimas.

Sí, dijo, para que comas en el viaje.

Él la miró desde la ventanilla: el cuerpo menudo bajo el abrigo. Después, todavía adivinó la llamarada de pelo bajo el sombrero y dejó que le hiciera piruetas en la cabeza, hasta que se hizo de noche y pasaron ofreciendo los servicios del coche-comedor.

Más tarde, en el vagón ya a oscuras, Stefano sacó del bolsillo la armónica que Tersa le había dado en el andén y se puso a tocar.

Lo demás ya lo sabés, Ema, porque lo hemos vivido juntos.

Don José me dijo que preguntara en la casa de la puerta verde.

Y yo golpeé la puerta y abriste vos...

Tenías el pelo tomado con unas presillas y un vestido con margaritas...

Stefano tiene veinte años, pero está cansado como si fuera un hombre de cuarenta. Necesita una mujer, un hijo, necesita una casa.

Sólo lleva una valija con algo de ropa, el saxo y la armónica que le regaló Tersa. Con el dinero que ha podido ahorrar en estos años, compra oro en una casa de empeño, en Rosario. Después alquila una pieza.

El hospedaje se llama El Lucerito y está cerca de la estación. Le ha tocado una habitación pequeña, junto a la cocina, y tiene que atravesar la galería para ir al baño. La dueña de casa, una andaluza decidida, le ha tomado cariño y a veces lo invita a comer con su familia. La mujer cocina que es una delicia: lo despierta a veces, los domingos, el olor del ajo y la fritura de pescado. A los postres, mientras lava los platos, ella le pide a Stefano que traiga el saxo. Él sabe bien qué le gusta y toca: *La Dolores, Malagueña, Granada...* hasta que el marido dice que es hora de dormir la siesta.

En el patio hay unos parrales y, entreverada, una glicina. Por las noches, ahora que la primavera comienza, Stefano se sienta a fumar bajo las ramadas. A veces conversa con otros hombres que trabajan en el puerto y que están, como él, solos. Uno de ellos, se llama Ernesto, le cuenta a Stefano que, en la tienda donde está empleado, necesitan gente.

Al dueño de la tienda le ha caído bien Stefano. Le parece que podría desempeñarse correctamente,

pero necesita referencias. Ernesto Ceballos puede ser uno, agrega, porque hace años que trabaja en la tienda, pero necesita alguien más.

Stefano pregunta:

—La dueña de la pensión donde vivo, ¿estaría bien?

Y el hombre contesta que sí, que estaría bien.

Yo sabía que la calle se llamaba Paraná, era lo único que sabía.

Lo recordaba porque en el barco, cuando Ugo le preguntó a Gina dónde quedaba Rosario, ella había dicho: *junto al río Paraná*. Y yo, me acuerdo bien, miré la dirección que me había anotado mi madre y vi que la calle se llamaba como el río.

La dueña de la pensión no tiene inconvenientes en dar referencias de Stefano; desde que lo vio, dice, le ha parecido una persona respetuosa y honesta.

La palabra de doña Carmela ha sido decisiva para el dueño de la tienda que, un mes más tarde, está seguro de haber elegido bien, tanto que resuelve pagarle un curso de contabilidad por correspondencia. Stefano aprende rápido, el dueño lo comprueba entusiasmado.